

Nación, mito y control social en México.

*La Malinche y el proceso de construcción
de una antiheroína nacional.*

Rosa María Spinoso Arcocha

Universidad de Guadalajara/Centro Universitario Lagos. México

Fecha de aceptación definitiva: 20 de septiembre de 2012

Resumen: El artículo propone un estudio sobre el proceso de construcción de la Malinche como antiheroína titular de la historia de México, en el contexto de la creación del estado nacional, a partir de fuentes literarias decimonónicas. También contempla la naturaleza de la ciudadanía de las mujeres y examina los roles reproductores femeninos como elementos transmisores, biológicos y culturales, para la colectividad nacional. En un marco en el que confluyen el mito y la historia, Doña Marina, nombre cristiano de la Malinche, fue la intérprete indígena y pareja de Hernán Cortés, con quien tuvo un hijo, Martín Cortés, tenido en la literatura nacionalista como el primer mestizo mexicano. Ella es la madre simbólica y émula de Medea, que traicionó a su pueblo al unirse al conquistador.

Palabras clave: Género, Estado Nacional, Nacionalismo, Mito, Malinche, México.

Abstract: This paper presents a study about the process of building the Malinche as entitled anti-heroine of Mexican history, in the context of national state formation, based on nineteenth-century literary sources. It also looks at the nature of woman citizenship and it examines the female reproductive roles as biological, cultural and transmitting elements of the national collectivity. In a theoretical framework where myth and history come together, Doña Marina, the Malinche's Christian name, was Hernan Cortes' interpreter and partner, with whom she had a child, Martin Cortes, considered to be the first Mexican mestizo. She is the symbolic mother and, emulating Medea, she betrayed her own people by joining the conqueror.

Keywords: Gender, national state, nationalism, myth, Malinche, Mexico.

Introducción

Este ensayo propone revisar la figura de la Malinche como antiheroína titular de la historia, en el contexto del proceso de construcción del estado nacional mexicano. Procesos estos en los que intervienen, además de los factores políticos concretos, elementos simbólicos, emocionales y psicológicos, representados, entre otros, por las figuras ejemplares; héroes y villanos de la historia que encarnan lo mejor y lo peor de las “virtudes” y “pecados” de una nación. Las reflexiones parten de las pistas detectadas en la obra de algunos de los principales exponentes de las letras mexicanas en el siglo XIX, que, como diría uno de ellos, aliaron la pluma a la espada y después de la Independencia se destacaron también como políticos y “mentores intelectuales de la nación”.

Sin embargo, para comenzar no lo hago con ellos sino con dos citas retiradas de una obra teatral contemporánea, “Todos los gatos son pardos”, de Carlos Fuentes, estrenada en 1970 en respuesta a los mexicanos que aún se encontraban bajo el impacto de la masacre de Tlaltelolco¹. En uno de los diálogos entre Hernán Cortés y D. Marina, esta le dice: “Guardaré tus secretos, señor; te contaré los de mi patria. Tu por mi boca, todo lo sabrás de ella; ella nada sabrá de ti sino la mentira que asegure tu victoria...” Un fragmento que nos habla claramente de la idea de la Malinche que persistía en el siglo XX, asociada a la disimulación, la traición y el entreguismo o, redundando, el malinchismo, reiterada más adelante, ya casi al final de la obra, por un coro de augures en oración:

Malintzin, Malintzin, Malintzin; Marina, Marina, Marina;
Malinche, Malinche, Malinche,
putísima madre nuestra, en pecado concebida
llena estas de rencor, el demonio es contigo,
maldita eres entre todas las mujeres
y maldito el fruto de tu vientre...²

Sin duda que tanto la parodia del Ave María como el fragmento anterior eran reflejos elocuentes de la pervivencia en México de un imaginario que comenzó a forjarse en el XIX y que consagró a la Malinche como la antiheroína nacional. De acuerdo con las pistas, todo indica que ese proceso ya iba tomando forma hacia la segunda década del siglo decimonónico, según se percibe en la carta octava del “Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, Cura del pueblo de los Dolo-

¹ Episodio sangriento de la historia contemporánea mexicana, cuando tropas del ejército masacraron a cientos de estudiantes (el número exacto nunca quedó establecido) que se encontraban reunidos en la Plaza de las Tres Culturas para protestar por la invasión a la universidad.

² FUENTES, C.: *Todos los gatos son pardos*, México, Siglo XXI, 23ª ed., 2005, p. 175. Diez años después el autor retomó el tema en *Ceremonias del Alba*, México, Siglo XXI, 4ª ed., 2005, p. 21.

res, en el obispado de Michoacán”³, de Carlos María de Bustamante, publicado entre 1821 y 1827.

Lo encontraremos también en el “Discurso cívico pronunciado por el C. Licenciado Ignacio Ramírez, el 16 de septiembre de 1861, en la Alameda de México, en recuerdo de la Independencia”, y una década más tarde en las crónicas de Ignacio Manuel Altamirano, su discípulo y “padre de la literatura nacional”, título oficial con el que lo han galardonado los mexicanos. Hacia la década de 1870, José María Marroquí, haría suya la idea como base para una de sus obras, la *Llorona*, y en 1893, José María Vigil para la suya intitulada “La Mujer Mexicana”.

En todos encontraremos a una Malinche antiheroína, que después de la Independencia vendría a substituir a la doña Marina heroica, diseñada por los historiadores para el capítulo correspondiente a la Conquista. Tal lo muestra Fernanda Núñez, en la primera parte de su obra⁴, en la que pasa revista a los tres siglos de historiografía sobre la Malinche, desde los cronistas de la Conquista, al frente de los cuales Bernal Díaz del Castillo, pasando por el “mestizo” Fernando de Alba Ixtlixóchitl en el siglo XVII, hasta Prescott en el XIX, sin olvidar por supuesto a Francisco Javier Clavijero de finales del siglo XVIII. Para la autora, la crónica de Bernal en la que se encuentra la Malinche se podría inscribir en la dimensión épica de los libros de caballería y tenía como objetivo mostrar que la conquista no había sido obra y hazaña únicamente de Cortés, como lo quería López de Gómara, sino de todos los soldados y capitanes que lo acompañaron, incluyéndola. Para eso, construyó un personaje femenino del cual iría a depender el conquistador e indispensable para compartir sus glorias de caballero, ya que no hay caballero sin su dama⁵.

La obra de Alba Ixtlixóchitl, por su lado, pone fin a la historia bernaldiana, para dar lugar a una doña Marina inscrita ya en la historia salvífica y clerical en la que adentró gracias al bautizo, pero en la que la mujer no tiene ningún papel importante, lo que se manifiesta en la brevedad con que se refiere a ella. A finales del siglo XVIII Clavijero retomó a Bernal pero para fundar un nuevo discurso histórico del que se apropiará la república independiente de principios del siglo XIX⁶. Con Clavijero, ella se yergue ya como una auténtica heroína, como la igual a Cortés y sin quien él nada habría logrado. Pero su consagración como heroína

³ La primera versión de la obra fue escrita y publicada semanalmente entre 1821 y 1827. Fue robada, por lo que Bustamante la reescribió y publicó una segunda edición, “muy aumentada por el mismo autor”, entre 1843 y 1843. BUSTAMANTE, C. M. de: *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, Imprenta de J. Mariano Lara, 1843.

⁴ NÚÑEZ BECERRA, F.: *La Malinche: de la Historia al Mito*, México, INAH, 1998.

⁵ *Ibidem*, p. 34

⁶ *Ibidem*, p. 42.

—dice Núñez— se dará con William H. Prescott, un historiador bostoniano que en 1843 escribió una Historia de la Conquista de México, en la que le tendió un puente que le aseguraba la entrada en el discurso científico de la historia, ya que hasta entonces solo había sido objeto de “noticias históricas”⁷.

Ahora, no deja de ser significativa y ni puede pasar desapercibida esa heroificación de la Malinche en la obra de un historiador extranjero, más precisamente de un norteamericano, cuando sabemos que para estas fechas los “mentores intelectuales” de la nación mexicana ya se encontraban en acción y habían comenzado su tarea de construir un panteón cívico que reuniera lo mejor y lo peor para efectos de ejemplificación nacional. Era la marcha del nacionalismo mexicano, que si bien suele pensarse ahora como un fenómeno posrevolucionario⁸, tiene una historia mucho más larga. Algunos historiadores le han seguido la pista desde los siglos coloniales, cuando habrían comenzado a gestarse los elementos subjetivos y no racionales que lo componen.

El estado nacional mexicano es una hechura decimonónica, aún cuando en su creación hayan intervenido elementos culturales prehispánicos, según lo prevé el “canon” de algunos de los especialistas en el tema; pero el nacionalismo y los sentimientos de pertenencia e identitarios son anteriores. Para Gellner y Hobsbawm, por ejemplo, los nacionalismos anteceden a las naciones; “es el nacionalismo el que engendra las naciones”, dice el primero⁹, mientras que para el segundo, “Las naciones no construyen estados y nacionalismos, sino que ocurre al revés”¹⁰.

Montserrat Guibernau, por su lado, se detiene en los factores afectivos y emocionales que intervienen en esos procesos y no menos importantes que los “racionales”, advirtiendo que cualquier intento de estudiarlos tiene que tomarlos en cuenta. De igual forma, encontró una fuerte relación entre identidad y cultura y la nación, como el contexto socio-histórico dentro del cual esta se encaja, y señala que uno de los factores explotados por el nacionalismo es precisamente la inversión emocional de los individuos en los elementos de su cultura. El poder del nacionalismo —dice— proviene de su capacidad de criar una identidad común

⁷ *Ibidem*, p. 46.

⁸ Ver, por ejemplo, BARTRA, R.: “La crisis del nacionalismo. La función del mito y el mito de la función”, en: *Oficio de Mexicano*. México: CONACULTA, 2003, pp. 95-129. El mismo autor piensa en la crisis e incluso la muerte del nacionalismo mexicano revolucionario, en tanto ideología oficial hegemónica, con el consecuente derrumbe de los mitos nacionalistas. Puede ser, sin embargo, la Malinche aún sigue cumpliendo su “función” como él mismo lo sugiere en el título del ensayo en que así lo afirma: “La venganza de la Malinche. Hacia una identidad posnacional”. pp. 89-93.

⁹ GELLNER, E.: *Nations and nationalism*, Oxford Blackwell, 1983, p.55

¹⁰ HOBBSAWM, E.: *Naciones y nacionalismos desde 1870*. (Traducción de Jordi Beltran) Barcelona, Editorial Crítica, 2004. p. 18.

entre los miembros de un grupo, por lo que se detiene en el papel del simbolismo y del ritual en la fijación y propagación de los sentimientos nacionalistas¹¹.

En el caso mexicano, hay autores que remontan sus orígenes a principios de la colonia, cuando habrían comenzado a forjarse esos sentimientos de pertenencia y algunos de los elementos sobre los que descansan los símbolos de la identidad nacional. Solange Alberro, por ejemplo, sitúa en el siglo XVI lo que llama “el germen” del nacionalismo y atribuye a los jesuitas el haber proporcionado su matriz identitaria, tomada directamente de las culturas autóctonas mediante la apropiación de algunos de sus complejos simbólicos. Ejemplo de ello serían el nopal y el águila que fueron incorporados durante ese mismo siglo al blasón de la ciudad de México y adoptados más tarde como escudo nacional¹². Igualmente localizó en 1578, en un texto firmado por el jesuita Pedro Morales, sobre las festividades por la llegada a la ciudad de México de las reliquias enviadas por Gregorio XIII a la compañía de Jesús, la que sería la primera referencia a los criollos como “mexicanos”, término usado hasta entonces solo para los indígenas¹³. Tanto ella como David Brading señalan el mito guadalupano como el marco dentro del cual se fue estructurando el sentimiento de pertenencia y afecto hacia la tierra que desembocaría en el nacionalismo decimonónico. Poco a poco, —dice Alberro— en la medida en que desarrollaban una identidad propia fuera de los arquetipos heredados, y ante la necesidad de admitir su diferencia en relación a los europeos, los españoles americanos habrían dejado de sentirse como tales. Así, hacia mediados del siglo XVII, esa conciencia y sensibilidad criolla ya se encontraban firmemente arraigadas, consecuencia a su vez del fenómeno guadalupano.

Seguramente es por eso que Roger Bartra propone pensar el nacionalismo mexicano como un proceso de larga duración, “en el sentido de Braudel”, señalando como parte del mismo mitos, leyendas, costumbres, ideas, imágenes y símbolos, que se fueron tejiendo “de acuerdo con ritmos no sujetos completamente al vaivén de las luchas políticas y sociales”. Por lo mismo, propone pensarlo también en su dimensión cultural, aludiendo a los procesos mediante los cuales se logran el consenso y la legitimidad que “no son en lo fundamental de naturaleza ideológica, y que se entretajan en una red mediadora normada por cánones culturales”¹⁴.

Hobsbawm y Young advierten para la sofisticación casi litúrgica con que se crean y manipulan conscientemente los símbolos y las tradiciones durante los

¹¹ GUIBERNAU, M.: *Nacionalismos. O estado nacional e o nacionalismo no século XX*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar, 1996, p. 75.

¹² ALBERRO, S.: *El águila y la Cruz. Orígenes religiosos de la conciencia criolla. México, siglos XVI-XVII*, México, COLMEX/FCE, 1999, p. 88.

¹³ *Ibidem*, p. 88.

¹⁴ BARTRA, R.: *op. cit.* p. 97.

procesos de construcción o reconstrucción nacionales¹⁵. Así, en México, uno de los efectos de la derrota de 1847 frente a los norteamericanos fue una serie de medidas tendientes a la creación de símbolos que promovieran la unificación y transmitieran la expresión de los sentimientos nacionales. De tales medidas resultaron, por ejemplo, y a partir de ese año, la configuración de un panteón nacional de hechura liberal y la adopción de un escogido en 1854 por concurso.

Para Enrique Florescano¹⁶, los dos ejes que orientaron el proyecto nacionalista mexicano después de la Independencia fueron la lucha contra el intervencionismo extranjero y la defensa de la integridad territorial. En función de ello fueron naciendo para la historia algunos de sus héroes y sus villanos, caracterizados por la lealtad o la traición a la patria y por sus hazañas políticas o militares frente a los extranjeros. Al heroísmo de Cuauhtémoc, el “último emperador azteca” o el “águila que cayó” en defensa de su pueblo, se le opuso un Moctezuma, el emperador cobarde y pusilánime que recibió amistosamente a los conquistadores. Se erigieron figuras como los “Niños Héroes de Chapultepec”, los seis cadetes del colegio militar que cayeron en la defensa de la patria durante la invasión norteamericana; y el “Cinco de Mayo” como la fecha del triunfo sobre los franceses en la “Batalla de Puebla”.

Resumiendo y como diría Hobsbawm, “las naciones como medio natural u otorgado por Dios de clasificar a los hombres, como inherente destino político, son un mito”, y en México –dice Bartra– “el mito nacionalista” contiene una buena porción de disgusto, rencor, rechazo y resistencia¹⁷, elementos que serán fundamentales para entender el proceso de construcción de la traición de la Malinche y su derivado malinchismo.

La traición es lo opuesto del heroísmo y en México funcionaba como parte de una dialéctica femenina de sentido didáctico, para servir de ejemplo en la tarea de formar una ciudadanía apta para la nación que se estaba construyendo. De nuevo, la dialéctica femenina, ahora al servicio de un nacionalismo de larga duración, misógino y rencoroso, que transformó a la Malinche en traidora cuando así lo requirió la “arquitectura” del estado nacional. En ese sentido, lo que se intenta historizar aquí es el mito más que el personaje, y no precisamente a partir de su “realidad” histórica, sino como símbolo de la traición, en un momento en que la patria necesitaba de traidores –más precisamente de una traidora– tanto como de héroes, como instrumentos de control social. En tales términos cobran sentido las

¹⁵ HOBBSAWM, E. y RANGER, T.: *A invenção das tradições*. 3ª ed. Traducción de Celina Cardim Cavalcante, São Paulo, Paz e Terra, 1997, p. 17

¹⁶ FLORESCANO, E.: *Etnia, Estado y Nación. Ensayo sobre las identidades colectivas en México*, México, Taurus, 2001, p. 378.

¹⁷ BARTRA, R.: *op. cit.* p. 97.

palabras de Nira Yuval-Davies¹⁸, para quien las naciones no son únicamente obra de la burocracia y de la *intelligentsia*, como se ha insistido en señalar, sino también de las mujeres, que participan en su producción y reproducción biológica, cultural y simbólica. Por lo mismo y pese a su sistemática exclusión de los estudios sobre tales procesos, ella se ha dedicado a analizarlos desde la perspectiva de género, más precisamente desde la inclusión y la exclusión femenina, cuestionando los motivos por los cuales eso ha ocurrido. ¿Por qué las mujeres han quedado fuera de los nacionalismos, o, por lo menos, de la literatura sobre los mismos, que se han pensado casi siempre como obra de burócratas e intelectuales?

Una explicación sería que tales estudios han partido de la idea tradicional de que a las mujeres les corresponde únicamente el terreno de lo privado, mientras que el público es “naturalmente” el territorio de los hombres. Carol Pateman¹⁹, por ejemplo, ha buscado en las teorías clásicas sobre el contrato social las bases sobre las que se ha configurado la comprensión y el sentido común del orden social y político occidental, y tales teorías han dividido la esfera de la sociedad civil entre los dominios de lo público y lo privado, considerando este políticamente irrelevante. Tanto ella como otras feministas cuestionan la validez de ese modelo, una vez que —dice— “el dominio público” no puede comprenderse del todo sin considerar la esfera privada, así como de manera similar, el sentido del contrato original se malinterpreta al no tomar en cuenta ambas mitades de la historia que son mutuamente dependientes. En ese sentido, la libertad civil ha dependido del derecho patriarcal. Siguiendo a Pateman, Rebeca Grant explica que las mujeres han quedado excluidas del ámbito político porque siempre se ha pensado en ello en términos masculinos, según los principios concebidos por Hobbes y Rousseau, para quienes la transición del supuesto estado natural a la sociedad disciplinada ha asumido características masculinas, que son, para Hobbes, la naturaleza agresiva de los hombres y para Rousseau su capacidad de razonamiento. Así, y como según ellos las mujeres no tienen tales características, no formarían parte de ese proceso, permaneciendo más cerca de la naturaleza que del mundo civilizado.

Por lo visto, ninguno de los teóricos posteriores cuestionó seriamente tales conceptos, así como nadie se propuso cuestionar seriamente la traición de la Malinche, un mito creado por los intelectuales mexicanos para funcionar como mediador de las culpas y las frustraciones nacionales.

Y volvemos a su ejemplaridad didáctica. Después de la Independencia, Doña Marina se vuelve la Malinche como traidora de su pueblo y barragana del con-

¹⁸ YUVAL-DAVIES, N.: “Género y Nación: articulaciones del origen, la cultura y la ciudadanía”. *Arenal, Revista de Historia de las Mujeres*. Vol. 3, n° 2 (julio-diciembre 1996), pp. 163-175. También en GUTIÉRREZ CHONG, N. (coord.): *Mujeres y Nacionalismos en América Latina. De la Independencia a la nación del nuevo milenio*, México, UNAM, 2004, p. 67.

¹⁹ PATEMAN, C.: *The Sexual Contract*, Cambridge, Polity Press 1988, p. 4.

quistador Hernán Cortés, en un clima de fuerte hostilidad y xenofobia antiespañola y porque –parodiando a Hobsbawm– no había nada mejor para unir a los mexicanos desunidos e inquietos que ligarlos en contra de un enemigo común. Este, evidentemente, estaba conformado por los españoles, como se evidenció en el decreto de su expulsión expedido en diciembre de 1827. Sin embargo, aquellos conquistaron a los mexicanos no por desunidos e inquietos, ni porque fueran cobardes o tuvieran armas menos eficientes, sino porque fueron traicionados por una mujer. Nadie mejor que una mujer para cargar con la culpa y las derrotas nacionales.

La Malinche y su “traición”

Entre 1821 y 1827, Carlos María de Bustamante, un criollo ilustrado cuya misión personal fue dotar a la nación recién independizada de un pasado heroico del cual enorgullecerse y de una identidad que la mantuviera unida, publicó su *“Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el ciudadano Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de los Dolores, en el obispado de Michoacán”*²⁰. La idea era mostrar en forma de cartas semanales la saga del movimiento insurgente hacia la Independencia, la mayoría de cuyos líderes él había conocido personalmente. Bustamante es una figura controvertida, tenido como uno de los ideólogos de la Independencia, pero también como el artífice de algunos de los antihéroes mejor acabados del panteón cívico mexicano²¹. Entre estos podemos contar a la Malinche, a quien, en la octava carta del primer tomo, cuando se refiere a la conspiración en México contra el virrey Venegas, trataba como sinónimo de mujerzuela. Más precisamente, decía que Venegas llamaba Malinche a su amante:

Tenía (Venegas) además una mujerzuela a quien él llamaba su Malintzin o Malinche, porque así como aquella comunicaba sus secretos a Hernán Cortes, para preservarlo con sus españoles, esta lo hacía sabedor de cuanto le participaban algunos americanos que creyéndola de su partido le vaciaban sus pechos²².

En seguida, seguía comparando a “esa mala hembra” con la “espiona” que le contaba a Cicerón los pormenores de la conjuración de Catilina, de cuyos secretos se enteró por su amante Curión, quien trataba con los conjurados. Si bien que la romana tenía como atenuante para su traición el haberla cometido para salvar a Roma, lo que incluso la honraba, pero no así la “loca” de Venegas, que se envilecía

²⁰ BUSTAMANTE, C. M. de: *Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana*, México, Imprenta de J. Mariano Lara, 1843.

²¹ Ver CASTELAN RUEDA, R.: *La fuerza de la palabra impresa. Carlos María De Bustamante y el discurso de la modernidad*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad de Guadalajara, 1997.

²² BUSTAMANTE, C. M. de: *Cuadro Histórico*, op. cit. p. 299.

por haber ayudado a esclavizar a México. Por eso, mejor comparada quedaría con Doña Marina, “que hizo traición a su patria en Cholula, revelando a Cortés la zalagarda que dizque por poco le juegan allí los mexicanos”²³.

Estaba, pues, sentado un precedente en lo que a la traición de la Malinche se refería, un discurso que retomaría después El Nigromante, seudónimo de Ignacio Ramírez, en su célebre pronunciamiento de 1861, durante la ceremonia de conmemoración de la Independencia. Comenzaba el Nigromante su discurso diciéndole que no había sido inspiración de Moisés hacer de la fraternidad el grito de guerra para una nación oprimida, así como no lo fue de Mahoma, que alimentaba su espada con la sangre de los infieles, ni de Washington, que a ejemplo del primer Bruto, había levantado la república de las espaldas de los esclavos. Solo el grande libertador de México, nominalmente Hidalgo, a quien se proponía exaltar en esa ocasión, había tenido el valor para llamar “las primeras” a las turbas enfurecidas bajo su glorioso estandarte. Solo él —decía— había osado arrojar el guante blanco no solo a los españoles, sino a la nobleza, al clero, a todas las autoridades, a todas las clases, a todas las razas, a todos los individuos que pudieran tener la pretensión de colocarse por encima de la soberanía popular. Él había colocado a los pies de los mexicanos todas las coronas que no podía ceñir a su frente, así como todos los cetros que no podía colocar en sus manos. Tampoco dejó el Nigromante de buscar en la metáfora femenina un recurso retórico para su discurso, por lo que se refería al continente americano como una virgen “fecundizada” por el cielo, en un harén en donde los demás continentes figuraban como concubinas: “Niegue siquiera la historia que el cielo estrechó entre sus brazos un día a la virgen América, y la dejó fecundizada alejando sus amores para ocultarlos del harén donde prodigaba sus caricias al Asia, al África y a la Europa”. Naciones sobre las cuales se presentó la azteca, guiada por “un genio sobrehumano”²⁴.

A propósito de ello, Stacie Widdifield señala que Ignacio Ramírez nos está recordando que, para la nación, si el cuerpo político es masculino, el cuerpo simbólico es femenino pero, “al contrario del masculino, el femenino se desliza entre dios y el diablo”²⁵. El primero representado por Doña María Josefa Ortiz, y el segundo por la Malinche, su opuesto y contraparte. Así, y apoyándose en las doctas palabras de quién sabe qué sabio de la antigüedad, decía el Nigromante que era uno de los misterios de la fatalidad que las naciones debieran su pérdida y su baldón a alguna mujer, tanto como la gloria y la salvación a otra, ya que en

²³ *Ibidem.* p. 300.

²⁴ Sobre el uso de la metáfora femenina en el discurso nacionalista ver: ARETXAGA, B.: “¿Tiene sexo la nación? Nación y Género en la Retórica Política sobre Irlanda”, *Arenal. Revista de Historia de las mujeres*, vol. 3, n° 2 (julio-diciembre 1996), pp. 199-216.

²⁵ WIDDIFIELD, S. G.: *The Embodiment of the National in Late Nineteenth-Century Painting*, Tucson, University of Arizona Press, 1996, p. 131.

todas partes se reproducía el mito de Eva y María. Por eso, —decía— en México había que recordar con indignación a la barragana de Cortés, pero nunca olvidar la gratitud hacia Doña Josefa, “la Malintzin inmaculada de otra época, que se atrevió a pronunciar el *fiat* de la independencia para que la encarnación del patriotismo lo realizara”²⁶.

Para reforzar sus enunciados nacionalistas, vemos al escritor y político mexicano invocando la sobada dialéctica femenina, representada, por un lado, por doña Josefa, ya en franco proceso de heroificación, como una “hermosa y apuesta dama (...) de un temple superior”, aunque —es cierto— movida por el “delirio y la impaciencia que produce el fuego de los afectos en los corazones” que les son propios a las mujeres. Mientras que en el sentido contrario estaba la Malinche, ya tratada aquí como una barragana, entendida, según el diccionario, como “la concubina que vivía en la casa del que estaba amancebado con ella”. Y aquí encontramos ya la unión sexual de hombres y mujeres, específicamente la unión conyugal, como base de la unión política de criollos y mestizos y de liberales y conservadores, a partir de la cual se configuró la nación mexicana, y la literatura —dice Widdifield— abunda en figuras femeninas ejemplares en los dos sentidos²⁷.

Así, si la Malinche y Cortés iniciaron el linaje mestizo de México no lo hicieron dentro de las esferas apropiadas. Hay que recordar que en el siglo XIX la ley debía legitimar las uniones sexuales y el texto del Nigromante habla explícitamente de eso. Él, por tanto, no condena a la Malinche por ser la intérprete de Cortés e informarlo, sino por su acto carnal ilegal, en contraste con el legado de doña Josefa Ortiz, que fue legal y patriota al informar a Hidalgo que los españoles lo habían descubierto. O sea, junto al “padre de la patria”, título que Hidalgo pasó a ostentar, se inventaba para México una madre de la patria, pero una madre adecuada a la norma. Como su antítesis entraba a la escena la Malinche, quien continuaba así su derrocada actuación como madre fundacional de los mexicanos. Los hijos del México independiente querían de esa forma cortar sus vínculos con una madre que les legó la bastardía, para volcarse hacia otra que les diera legitimidad, como “esposa fiel y modelo de virtudes y hermosura”.

Entre Medea y la Malinche: La Llorona

La transformación definitiva de la Malinche en la antiheroína nacional se daría con Ignacio Manuel Altamirano, discípulo del Nigromante, quien llevaría a cabo ese cometido esgrimiendo nuevamente la idea de la traición. En 1875, Altamirano retomó el tema en su cruzada en pro de la creación de una cultura nacional,

²⁶ RAMÍREZ, I. “El Nigromante”: *Discursos-Cartas-Documentos-Estudios*. Compilación y revisión de David R. Maciel y Boris Rosen Jélomer, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo. A. C., 1985, pp. 19-20.

²⁷ WIDDIFIELD, S. G.: *op. cit.*, p. 131.

en este caso en su modalidad dramática. Entre enero y junio de ese año, los periódicos “El Federalista” y “El Artista” de la ciudad de México publicaron una serie de crónicas escritas por él a propósito de la presentación en los palcos nacionales de Medea, la famosa tragedia de Eurípides, en la ocasión interpretada por la célebre actriz italiana Adelaida Ristori²⁸. No hay teatro, no tenemos un teatro nacional, decía Altamirano ya en la primera crónica, aprovechando para especular sobre las causas y deshilar sus críticas contra las elites mexicanas que frecuentaban el teatro, pero cuya falta de buen gusto impedía el desarrollo de la dramaturgia nacional. Y aprovechaba también para criticar a los ufanos, que llevados por un mal entendido amor a la patria insistían en pregonar que el pueblo mexicano era rico cuando no lo era, pues si bien el país contaba con grandes y aún inexploradas riquezas minerales y agrícolas, su gente seguía siendo pobre. En seguida presentaba su fórmula para corregir los graves defectos que, a su juicio, impedían el desarrollo en el país del buen gusto y con este de las artes dramáticas: “primero se aprende, luego se sabe y luego se inventa”, todo ello atrayendo artistas europeos que harían escuela, formarían actores, y animarían a su vez a los autores. Pero, si técnicamente todavía era necesario aprender a hacer teatro con los extranjeros, en lo que a la temática se refería la propia historia mexicana, ya fuera la antigua o la colonial, era suficientemente fecunda en hechos, leyendas misteriosas y prestigio poético como para motivar a las mismas musas.

En su segunda crónica, además de los rendidos elogios a la actuación de la Ristori, Altamirano hacía un largo recorrido por la historia y la dramaturgia de Medea. Para los más jóvenes que puedan no saberlo, Medea es un personaje de la mitología griega en la que aparece con diversos aspectos, ya sea como una reina, como una poderosa hechicera, o como una sacerdotisa de Hécate. Se dice que era hija de Circe, una temible hechicera, y del rey Ayetes de la Cólquida, pero, enamorada de Jasón, el jefe de los Argonautas, lo ayudó a robarse el vellocino de oro, que estaba bajo la custodia de su padre, a quien no dudó en traicionar provocando la muerte del hermano que en vano intentó detenerla. Más tarde, ella misma fue traicionada por el amante, y por despecho o desespero mató a los propios hijos que con él había tenido. Pero ¿a cuáles hijos mató la Malinche para que se le asimilara con Medea, o cuál fue la relación de esta con la traición de aquella?

Pues nada más y nada menos que la lectura metafórica que Altamirano hizo de la expedición de Jasón y los Argonautas, equiparada por él a la Conquista de México, movido por sus afanes nacionalistas. Para él, y no obstante tratarse de una leyenda maravillosa, como se refería a lo fantástico, la historia de Medea y

²⁸ ALTAMIRANO, I. M.: “Crónicas Teatrales 2. El Federalista”, en: *Obras Completas*. Edición y Notas de Héctor Azar, México, Secretaría de Educación Pública. 1988.

de Jasón con sus Argonautas había sido verdadera ya que, desnuda de su carácter mítico, hablaba de:

Una audaz expedición pirática o comercial organizada por un pueblo ambicioso, pobre, valiente, emprendedor, para arrebatar a pueblos más antiguos y ricos el secreto de su prosperidad, el predominio de los mares, y el trono de la civilización.

Pero no quedaba por ahí su metafórica lectura, sino que en otra de esas crónicas equiparaba Medea con la Malinche, llegando con ellas hasta la Llorona de nuestras consejas populares pues, aunque la mexicana no hubiera dominado como la griega los secretos de la magia, había conocido los de la lengua indígena, gracias a los cuales había facilitado el paso del conquistador por peligros más terribles que los enfrentados por Jasón. Gracias a ella –decía Altamirano– “se adormeció el dragón que guardaba el vellocino dorado, más opulento que el de la cólquida, y que enriqueció España por espacio de trescientos años”. Ahora y sabiendo del liderazgo intelectual de Altamirano entre sus pares mexicanos de las generaciones posindependencia, se entenderá la relevancia de esas crónicas, principalmente en lo que se refiere a la invención de la Malinche como símbolo de la traición.

El proyecto nacional mexicano del siglo XIX, que necesitaba de villanos, encontró en ella a quien culpar por la conquista y justificar la rápida derrota de los indígenas frente a los españoles, como respuesta al discurso tricentenario de la superioridad de estos. Los mexicanos fueron conquistados no porque fueron cobardes o menos eficientes que los conquistadores, ni tampoco porque estos eran superiores, sino porque los traicionó una mujer. Para completar el cuadro, de esa forma se iba también reconstruyendo la autoestima y el orgullo nacional, heridos de nuevo y gravemente por la derrota frente a los norteamericanos. Nadie mejor como culpable que una mujer, representante del sexo “frágil” y, como tal, más propensa a las tentaciones y reacciones pasionales. La fragilidad, por cierto, era el argumento perfecto que justificaba tanto el heroísmo como la villanía de las mujeres.

La misma doña Josefa en su proceso de heroificación lo fue por sus “más dulces (virtudes) que decoran el sexo a que pertenecía”. Solo que en su caso tales virtudes, “adunadas a las virtudes varoniles”, fueron necesarias para que, “entre los dijes del tocador, las devociones del oratorio, las preocupaciones de la raza y el orgullo de una clase distinguida”, se moldara un ánimo tan generoso que la llevaron a comprender el amor a los esclavos y transportarse a las esferas de la democracia. En el caso de la construcción de una villana, esa misma fragilidad fue útil primero para condenarla pero también para perdonarla. Porque la idea parece que era esa, culpar a la Malinche para después perdonarla mediante el relato de su rapto.

Como los de otras mujeres famosas, los raptos habían desencadenado los grandes conflictos bélicos de la historia. ¿Ejemplos?, los raptos de Europa y de Helena.

Y tiene sentido porque, como dice Delumeau, el rapto ha sido recurrente en el imaginario masculino occidental como forma de violación contra las mujeres, y tema exhaustivo en la literatura, en las artes plásticas e incluso en la historia, por lo que en la de México tampoco podría faltar uno. Hay que recordar que en las diversas versiones de los cronistas, la Malinche fue vendida, entregada o raptada por unos mercaderes que pasaron por su provincia de origen, quienes la llevaron a la vecina provincia de Tabasco, en donde pasó a manos de Cortes, integrando el “lote” de veinte mujeres que le entregó el cacique del lugar.

Entre la Malinche y la Llorona

Siguiendo la trilla de la traición, otro escritor, ahora conservador, José María Marroquí, publicó en 1887 *La Llorona*²⁹, un librito didáctico que dedicó a su hija, para ministrarle sus lecciones de historia patria y principios elementales de urbanidad y buenas maneras. Marroquí fue comandante del cuerpo médico que actuó en la Batalla de Puebla contra los franceses; diputado al Congreso de la Unión; secretario particular del presidente Ignacio Comonfort; y cónsul de México en Barcelona entre 1874-1878, en donde fue también profesor de enseñanza fundamental. Para él, la Llorona de las consejas populares, el fantasma femenino de túnica blanca y cabellera despeinada, que se aparece gritando por sus hijos en las encrucijadas de los caminos o en los lugares próximos al agua, era la propia doña Marina, condenada de esa forma a penar por su traición y por haberse entregado al invasor. Era, pues, el modelo femenino, o mejor, el antimodelo perfecto para enseñarle a su hija lo que no debería hacer si quería ser una buena mexicana y una mujer recta y honesta.

De ahí que comenzase alertándola sobre las ventajas del conocimiento de la historia, que debería ser usada con moderación y solo para mejorar sus conversaciones y apartarla “del círculo vicioso de las frivolidades”. “No desprecies su estudio –le decía– a ti misma te dará solaz (...) y aprendida es un adorno superior a otros muchos; hará tu conversación amena y agradable”. Acto seguido cuidaba de alertarla sobre el efecto nocivo del conocimiento en exceso y su mal uso, que si bien no eran “vicios” exclusivos de las mujeres, sí eran en ellas más frecuentes, por lo que había que evitarlos a toda costa. “Huye también de la afectación y de la pedantería, defectos en que incurren con frecuencia las personas instruidas, principalmente las de tu sexo, en las cuales el vicio aparece con mayor frecuencia”, aconsejaba el buen padre a su hija. Para estructurar didácticamente su historia se vale del método comparativo, con modelos negativos y positivos para ejemplarizar sus enseñanzas. Como ejemplo negativo estaba el fantasma de doña Marina, quien entre lágrimas, suspiros y desfallecimientos, durante siete noches conse-

²⁹ MARROQUÍ, J. M.: *La Llorona. Cuento histórico mexicano*. México, Imprenta de I. Cumplido, 1887.

cutivas le va contando a una hermana de Moctezuma, la princesa Papantzin,³⁰ “modelo de virtudes civiles y cristianas”, los capítulos de la Conquista que vivió personalmente.

A través de la historia de la Conquista, Marroquí le va explicando a su hija (y al lector) los motivos del eterno deambular de la Llorona, que solo podrían ser, evidentemente, la traición, por haberse aliado con el conquistador de su pueblo, y el pecado carnal, por haberse entregado a él. Siguiendo la “receta” de Altamirano, también se vale del relato de hechos mitológicos en los que estuvieron involucradas mujeres famosas, para advertir a su hija contra las funestas consecuencias de la liviandad y la debilidad de la carne, defectos típicamente femeninos. Hace a doña Marina referirse a sí misma como antimodelo y compararse con Casandra, que, si bien pecó, lo hizo únicamente por amor, pero no por traición:

Casandra no le hizo traición a su patria, si pecó contra Dios y contra la sociedad, amando a un hombre que las leyes no le habían dado, si faltó a la delicadeza nacional entregándose al vencedor de Troya, no contribuyó para la ruina de la ciudad: castigada por su pecado con una muerte desastrosa que sufrió por manos de la venganza y movida por los celos, pudo reposar tranquila en el seno de su sepulcro (...) Yo ...¡infeliz de mí! No puedo hacerlo pues acumulo culpa sobre culpa...³¹

Para Marroquí, los escándalos de la historia siempre fueron especialmente didácticos, porque presentaban “los propios errores de los hombres”. Un buen ejemplo era la “bella e inicua Elena, robada por el temerario Paris”, por lo que era necesario dejar claro que tales hechos, por más escandalosos que pudieran parecer, no eran imaginados sino que pertenecían a la historia. Y de nuevo, nada mejor que la Malinche para ilustrar sobre los peligros que representaban la tentación y la soberbia para aquellas mujeres que se pensaran capaces de resistirles. Como mujer y, por tanto, frágil, era predecible que sucumbiera, tanto que pensó que apartándose del amor prohibido estaría libre de sus fatales consecuencias. No contó con la ingratitud del conquistador y se lamentaba:

Él mismo me castigó (...) noble era yo, si nobleza quería, y después de viudo podía haberme tomado por esposa, pero no lo quiso, y desconociendo tal vez la sinceridad de mis afectos me olvidó; el hombre que arruinó un imperio, y anonadó su nobleza, sus artes y su ciencia no encontró satisfecha su vanidad ni su ambición en el amor tierno y sincero de una mujer noble pero sin corte³².

Para aliviarle un poco “el peso de su pena”, la princesa Papantzin la anima a invocar el perdón de Dios, no sin antes advertirla sobre la magnitud de su pecado

³⁰ Todo indica que Marroquí tomó esta figura literaria de José María Roa Bárcena, autor de una antología de leyendas, una de las cuales versaba sobre la princesa Papantzin.

³¹ MARROQUÍ, J. M.: *op. cit.* p. 88.

³² *Ibidem*, p. 88.

que, como también el de Cortés, era aún más grave debido a la nobleza de ambos. Esta obliga a ser un ejemplo para los demás:

El escándalo agrava la culpa, y es verdad que la persona constituida en autoidad, para ser debidamente respetada, tiene que observar una vida ejemplar; pero esa sagrada misión incumbe igualmente al padre y a la madre, que deben ser un límpido espejo donde se vean los hijos y los criados, y siendo una misma obligación es una misma culpa de faltarle a ella y, pues, vosotros habéis faltado...³³.

Pero más allá de los ejemplos, en el caso de doña Marina no todo estaba perdido; con “la suavidad de su misericordia” la justicia divina habría de rescatarla. “Tres siglos tendrás que penar –le había dicho un ángel–, cuando hayan concluido Dios te llamará”. Mientras, la tierra a la que ella había traicionado negaría a su cuerpo el asilo que ofrece a los mortales. Quedaría depositada en el seno de las aguas, de las que solo podría salir en las noches, para recorrer las ciudades repitiendo en la memoria los hechos de la conquista y “regando con sus lágrimas aquellos lugares en que con mayor cantidad se derramó la sangre de sus hermanos”. Nada sabemos de la hija de Marroquí y si algo aprendió con la Malinche y la Llorona, pero la traición siguió su curso y función como instrumento de control.

La Mujer Mexicana

A finales del siglo XIX tenemos la obra de otro intelectual no menos ilustre, de José María Vigil, quien en 1893 publicó el ensayo *La mujer mexicana*, “estudio escrito y dedicado a la distinguida señora doña Carmen Romero Rubio de Díaz”³⁴. Esta era la primera dama, esposa del presidente Porfirio Díaz, y Vigil un ilustre educador, profesor de gramática y filosofía en la Escuela Nacional Preparatoria, y de Historia y Geografía en una escuela secundaria para niñas. En su larga trayectoria se cuenta haber sido, al triunfo de la República y, entre otras cosas, diputado por 5 veces consecutivas al Congreso de la Unión, magistrado de la Suprema Corte, director de la Biblioteca Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente a la española.

Pues al final de su obra, en la que se proponía exponer “la condición social de la mujer”, exaltando figuras femeninas que a lo largo de la historia mexicana se destacaron en la educación, en las guerras de Independencia y de Reforma, y en el mundo de las letras, más precisamente en la poesía, “porque, –decía– la escritora mexicana es ante todo mujer, y la mujer en México es sin duda metáfora del ángel del hogar; de ese santuario en el que han tenido poco acceso las teorías disolventes de la familia...”, José María Vigil remataba su argumentación recordando a “dos

³³ *Ibidem*, p. 81.

³⁴ VIGIL, J. M.: *La Mujer Mexicana*, México, Tipografía de la Secretaría de Fomento, 1893.

figuras notables que aparecen en las dos épocas más importantes de nuestra historia: me refiero a Doña Marina y a Doña Josefa Ortiz”.

De la primera parece no haberse atrevido a exteriorizar su opinión, y veía difícil definir su “fisionomía moral”, dado el carácter novelesco con el que ya había pasado a la imaginación del pueblo, aunque sí admitía que había sido “dominada por la pasión y algo de asombro supersticioso hacia Cortés”. Sin embargo, y al contrario de Altamirano, que veía como una condena de sus hermanos indígenas el hecho de que hubieran bautizado con su nombre el volcán la Malinche, para Vigil

ni los historiadores indígenas, ni la tradición popular hacen pesar sobre ella el cargo terrible de haber servido de instrumento a los subyugadores de su país y de su raza; mientras que por el contrario los cronistas españoles consideran su auxilio como un milagro de Providencia para abrir el camino a la predicación del Cristianismo³⁵.

Pero entonces, ¿por qué citarla al lado de la “inmaculada” doña Josefa, de quien decía que a su respecto “no podría darse gloria más pura, más exenta de toda mancha”?

En ella –decía– se ve el amor patrio sin mezcla de ningún sentimiento bastardo: poseía de la grandiosa idea que ocupaba a los libertadores, y temblando ante la posibilidad de que se frustrase la revolución ya preparada, precipita el momento decisivo, pudiendo decirse que su voz es el espíritu que mueve el brazo de Hidalgo³⁶.

¿O por qué comenzar con doña Josefa la exaltación del patriotismo de que era capaz la mujer mexicana, con referencias nominales a mujeres que se distinguieron por su heroísmo durante la invasión francesa? Había que reconocerlo:

En la mujer mexicana actual se han fundido, por decirlo así, las tradiciones aztecas y española, esto es, los principios morales, que emanando de diversas fuentes se han identificado en su práctica y transcendencia. Las ideas antiguas, rodeadas de un aparato de sangriento rigor, tuvieron que suavizarse al contacto del espíritu cristiano y de los poéticos ideales de la Edad Media, llevados hasta la exageración por la caballerescas nación española³⁷.

La última línea, con la alusión a la “caballerescas nación española”, indica un cambio, si no con relación a la Malinche y a las mujeres, sí con relación a la actitud política hacia España, seguramente ya un reflejo de la imagen del país nuevo y moderno que se quería proyectar ante el mundo.

Es posible que la deferencia de Vigil hacia doña Marina, a quien no se atrevió a condenar abiertamente como traidora, estuviera relacionada con el cambio ope-

³⁵ *Ibidem*, p. 25.

³⁶ *Ibidem*.

³⁷ *Ibidem*, p. 29.

rado durante los últimos cincuenta años en los sentimientos nacionalistas de los mexicanos y su xenofobia antiespañola. Para recordarla nos remontamos a principios de la década de 1830, o sea, a casi diez años de consumada la Independencia, cuando persistía entre los mexicanos un fuerte sentimiento antihispánico, que fue legitimado por un decreto emitido en diciembre de 1827 y que establecía la expulsión de los españoles del territorio nacional. En realidad, el decreto respondía a la enconada disputa política que se desencadenó al término del mandato de Guadalupe Victoria, el primer presidente de México. Las opiniones se dividieron entre los que lo apoyaban y los que no, por considerarlos inconstitucional, una vez que la Constitución en vigor preveía el respeto a los españoles que permanecieran en suelo mexicano, y sería uno más entre los muchos motivos que dividieron políticamente a las elites mexicanas.

La xenofobia puede ser un poderoso ingrediente nacionalista, como se puede observar en uno de los periódicos que circularon en la ciudad de México a finales de la década de 1820, con el objetivo puntual de vigilar que se cumpliera el decreto de expulsión de los españoles. Bajo esa consigna, “El Cardillo de las Mujeres”, versión femenina de “El Cardillo”, aprovechaba para exponer públicamente a las que se habían opuesto a la Independencia y apoyado a los realistas, pero poniendo de manifiesto y haciendo aflorar viejos resentimientos y añejos rencores que nada tenían de patrióticos. Específicamente, las supuestas preferencias masculinas de las mexicanas. Sobre ello, los redactores se preguntaban con insistencia qué cualidades encontraban ellas entre los españoles que no las tuvieran con ventaja los mexicanos. El extranjero –reprochaba el periódico– “siempre ha hecho más impresión en el corazón de las mujeres ...” que –decía– se dejaban llevar únicamente por el aspecto físico, pareciendo encontrar en ellos más ventajas que en los nacionales, referidos como americanos.

Prendadas de los españoles, todo les parecía malo, despreciando el mérito y virtud de los americanos. ¿Qué ven en los españoles? Nada: la finura en el trato, la crianza, la dulzura de la expresión, el honor, el desinterés, y... todo, todo ha sido siempre desconocido de los españoles, y ¿los americanos han estado en posesión de esas virtudes? La experiencia responde que sí, y lo asegura ¿pues qué miraban nuestras americanas en los gachupines para preferirlos?³⁸.

Un síntoma de cambio hacia finales del siglo XIX podría percibirse en las conmemoraciones de los 400 años del descubrimiento de América, ocurridas el año anterior a la publicación de *Vigil*, cuando quedaron a cargo de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la cual realizó en la Cámara de Diputados

³⁸ *El Cardillo de las Mujeres*, n.º. 2. México: Oficina del Ciudadano Alejandro Valdés, 1828, p. 10. Ver SPINOSO ARCOCHA, R. M.: “Las mujeres, la Independencia y la prensa en 1828”, en Marta Terán y Victor Gayol. (eds.), *La Corona Rota. Identidades y representaciones en las Independencias Iberoamericanas*, Castelló de Plana, Publicacions de la Universitat Jaume I. D.L. 2010, pp. 283-294.

una sesión solemne dedicada a la memoria de Cristóbal Colón. Asistieron Porfirio Díaz, presidente de la República, lo que le dio gran relevancia al evento y algunas de las personalidades más notables del país, como Justo Sierra, quien representó a la Academia Mexicana, correspondiente de la Real Española; diputados y senadores; magistrados de la Suprema Corte de Justicia y del Tribunal Superior del Distrito Federal y muchas personas más.

Concluyendo...

Sería cosa de una investigación aparte establecer en qué momento entre las décadas de 1920 y 1940 se acuñó en México el término “malinchismo”, para designar el “Complejo de apego a lo extranjero con menosprecio de lo propio”, según lo consigna un diccionario de mexicanismos³⁹. Hacia 1949, Octavio Paz analiza el fenómeno, sin mencionarlo explícitamente, en su célebre “El laberinto de la Soledad”. Pero lo cierto es que, entre los “legados” de la Revolución Mexicana en las primeras décadas del siglo XX se podría contar otra vez el nacionalismo, revestido ahora con nuevos ropajes y expresado con las nuevas formas del lenguaje popular o erudito de la época, según se puede ver en el cine, la música, los ballets folclóricos y la obra de los artistas y escritores mexicanos posrevolucionarios.

Sin embargo las cosas cambian, y hacia 1991 ya había quien hablara del debilitamiento –si no es que del fin– del nacionalismo, con base en una encuesta publicada en una revista y que apuntó en la época que el 59% de los mexicanos estaría dispuesto a integrarse a los Estados Unidos si ello significara una mejor calidad de vida. Resultados como este –dice un autor– en la misma revista confirmaban “el debilitamiento del tradicional nacionalismo mexicano” y algo así como una llamada para “la gran apertura hacia el exterior”. Después de decenios de “delirios nacionalistas México había dejado de ser el paraíso de los políticos patrioter y chovinistas”. Y si tales resultados no deberían alarmar a los mexicanos, sí venían a poner en duda ese nacionalismo revolucionario o ideología hegemónica como una de las bases del sistema político mexicano⁴⁰.

Puede ser, pero en lo que a la Malinche se refiere, sus caminos hacia finales del siglo XX aún seguían por la trilla de la condena, como puta en todas las lenguas y nombres; en indígena, cristiano y popular y, principalmente, como la puta madre de todos los mexicanos. No habrá sido por casualidad que hacia la década de los 80, aún los rocanroleros más irreverentes la usaban para ironizar a las jóvenes burguesas que no aceptaban su color moreno e insistían en parecer blancas pintándose el pelo de rubio:

³⁹ GÓMEZ DE SILVA, G.: *Diccionario Breve de Mexicanismos* 1ª ed., México, FCE, 2001

⁴⁰ BARTRA, R.: *Oficio Mexicano*, op. cit. pp. 89-90.

Chulada de maíz prieto, cuánta pena a mi me da
que te apene ser morena, triste güera oxigenada,
dizque rubia superior (...)
Pinche Malinche, lo cortés no quita lo Cuauhtemoc...⁴¹.

⁴¹ “El Guacarock de la Malinche”, en Botellita de Jeréz: “Naco es Chido” (disco), Poligram, 1979.